

dores de Wall-Street fueron una verdadera sorpresa para el Comité. Algunas de las firmas más fuertes de Nueva York enviaron órdenes por crecidas cantidades."

Por los detalles preinsertos podrán ver nuestros lectores el brillante resultado producido por la venta de Bonos de la República de Cuba, realizada por su representación en América el 23 del pasado abril.

El hecho en sí es tan elocuente que no necesita comentarios.

El hecho demuestra el poderío triunfador de la Revolución Cubana y la seguridad que el pueblo norteamericano tiene del éxito próximo.

El hecho sorprendente, es sin duda alguna la batalla moral más importante que ha ganado el pueblo de Cuba.

Cómo sino, se explicaría que el norteamericano descreído y positivista por excelencia, incapaz de mezclarse en aventuras locas, ni de arriesgar un centavo en empresas dudosas, se haya atrevido á pedir tal número de bonos que ha excedido en 5 veces la oferta.

Cómo sinó, se podría explicar la facilidad extraordinaria de encontrar tomadores de un crédito que no lleva más garantías que el patriotismo inquebrantable de un pueblo y el decaimiento manifiesto de otro.

Si el triunfo no se acercara ya, el comerciante del norte no hubiera ofrecido su dinero.

La operación ha resultado trascendental, ha excedido nuestras esperanzas é implica por lo que vale moralmente, muy, mucho más, que por los refuerzos de armas y municiones que garantiza á nuestros guerreros.

Además, si llegáramos á establecer comparaciones con la Madre Patria, quedaría muy poco lucida ésta en este caso.—Recuérdese las condiciones en que contrajo su último empréstito, bochornosas para el crédito de una nación constituida; téngase presente que había de reembolsarlo en un año, que se obligó á pagar un interés de 8 por ciento y que para obtener-

lo hubo de valerse de los billetes hipotecarios llamados *cubas*, y se vendrá en la conclusión de que el nuestro, pagadero diez años después de arrojados los españoles de la Isla, ganando un interés de 6 por ciento, y sin garantías de ninguna especie, demuestra más confianza en la solvabilidad de Cuba por parte de los comerciantes norteamericanos, que la que tienen en la de España los europeos.

Hecho muy significativo en los tiempos que corremos y que ofrecemos á la consideración de aquellos que sin antecedentes justificativos dudan del triunfo de la causa cubana, y de los que sueñan con la España del Cid y de Felipe II.

PARRAFITOS

Nuestro colega *El Pabellón Español* nos objetaba los que publicábamos, por referirse á la época del mando en la isla del General Martínez Campos. Sin aceptar como buena su objeción, pues el efecto moral era el mismo—des crédito de las armas españolas en Cuba—podemos ofrecerle hoy los siguientes que tomaremos de varios números de *El Imparcial* de Madrid de marzo y abril del corriente año, esto es, de la época del humano Weyler

Términos invertidos

El despacho telegráfico que, tocante á impresiones y estado de ánimo del General Weyler, nos envió ayer nuestro corresponsal en la Habana, fué asunto preferente de cálculos y comentarios en los círculos políticos y en las columnas de los periódicos de la noche.

Algunos de éstos señalan cuidadosamente la nota de amargura que en las observaciones y consideraciones del General en Jefe resalta. El convencimiento de que el General Weyler debe sentirse muy contrariado es tan común, que en las palabras de nuestro corresponsal parece haber leído la mayoría de la gente su pensamiento propio.

Y en efecto, el Gobernador General de Cuba llevaba á la isla una política de la guerra, que él expuso á cuantos quisieron oírle, pero que después le ha sido imposible desarrollar. Si á esto se junta la contrariedad de ver mezclado á su gestión asunto tan enojoso como el de la cuestión electoral y el disgusto de no hallarse entendido y secundado, como sin duda esperaba, se comprende el estado de ánimo que en el despacho de nuestro compañero se refleja.

Seguramente que razones de alta prudencia habrán inducido al Gobierno de Madrid á recomendar al General Weyler una lenidad que no entraba en sus planes. No creemos, como cree un apreciable colega nuestro, que en recomendaciones tales ni en cosa parecida entre el propósito de trabajar por determinadas rehabilitaciones. Dados los términos en que la cuestión se halla hoy, juzgamos sinceramente que el gabinete Cánovas hace lo que debe hacer.

El mal está en que esos términos se hallan trastocados. Y de esto sí que tiene la culpa el actual ministerio. Problema que no ha sido bien planteado, es problema cuya solución se hace más difícil por momentos. Por precipitación de juicio ó por atender á objetos secundarios se ha enviado consecutivamente á Cuba á los dos Generales que representaban las dos políticas de la guerra más opuestas entre sí, y á cada uno de ellos se le ha mandado allá cuando precisamente menos le favorecían las circunstancias.

El General Martínez Campos era y es el representante de una política de tolerancia, de benignidad y hasta de transacción; el General Weyler encarnaba la severidad, la rigidez. La función de éste en Cuba había de ser de represión, de castigo, de quebranto de la rebeldía; la de aquél de atracción y de concordia.

Por la mera acción militar no concluyen las guerras civiles de nuestra raza. Por las negociaciones y las blanduras no se extinguen jamás esas guerras en sus comienzos. Para llegar á términos de avenencia, hasta en los pleitos más vulgares se necesita que los contendientes hayan experimentado los gastos y molestias que se originan del litigio: en las luchas civiles es preciso que estén cansados ó quebrantados los combatientes.

Las acciones de los Generales Weyler y Martínez Campos se habrían completado del modo más satisfactorio para España, si hubieran ido en el orden en que se hallan aquí escritos los nombres de ambos Generales. En orden inverso esas acciones se han anulado, y lo que es peor, se han perjudicado de un modo lastimoso.

Persiguiendo con su habitual actividad á las bandas insurrectas, reprimiendo con energía sus avances, castigando con su característica severidad el laborantismo en el primer período, cuando la rebeldía no había tomado el incremento que ya tiene, ni la atención de Europa y América se había fijado con la intensidad con que se fija al presente sobre la cuestión de Cuba, ni en los Estados Unidos se había producido aún la agitación que en aquellas Cámaras se refleja, el General Weyler habría desarrollado plenamente todas sus facultades en provecho de la causa de España, sin limita-

ciones, sin cortapisas, sin rozamientos que inutilizan hoy una gran parte de sus fuerzas.

No habría concluido la guerra, porque repetimos que las contiendas civiles no se acaban por la sola acción militar en los pueblos guerrilleros de nuestra raza; pero habría contenido y quebrantado rudamente al enemigo. Y entonces habría sido cuando hubieran encajado á maravilla en los asuntos de Cuba las dotes y la política propia del General Martínez Campos. La obra de pacificación habría hallado abiertos por la experiencia de las energías de España y de sus soldados, por el cansancio ó el desaliento de la rebeldía los espíritus de todos. La benignidad, el sentido de rectitud, el patriotismo de Martínez Campos habrían hecho lo demás.

Cambiado el orden, este General halló muy enteros á los rebeldes y con sus tolerancias los dejó muy ensoberbecidos. Y ahora el General Weyler se encuentra con que las circunstancias interiores y exteriores paralizan en gran parte su energía y su rigor y destruyen casi por completo los efectos de su sistema.

A medida que el tiempo corre y se desarrollan los sucesos, obsérvese más claramente que en la falta de oportunidad para la aplicación de los sistemas representados por uno y otro General radica el mal éxito lamentado. Sobre ese punto la opinión acabará por hacer completa justicia.

Del fallo definitivo se nos antoja que no va á salir muy bien librado el Gobierno"

MÁS PARRAFITOS.

Refiriéndonos al mismo asunto anterior véase lo que dice un corresponsal español desde Madrid á un periódico de Guatemala.

"España gime dolorosamente porque ve morir sin fruto en la Antilla á sus mejores hijos y porque ve consumirse sus recursos todos en una guerra tan larga como desgraciada. Ni la política de tolerancia llevada á cabo por Martínez Campos dió resultados, ni los ha dado tampoco la de represión, que intentó traducir en hechos el General Weyler. Pero si se miran bien las cosas, el sistema de represión no ha llegado á implantarse. El gobierno del señor Cánovas creyó que para los fines de la guerra perjudicaban la lenidad y la suavidad, y envió á un representante del sistema contrario. Este, Weyler, empezó á publicar bando tras bando, entre ellos el de la confiscación de bienes de los rebeldes, y esto produjo en los Estados Unidos la terrible algarada que ha estado á punto de romper las relaciones diplomáticas entre los dos países y de llevarnos á una guerra más desastrosa aún que la que sostenemos en Cuba. Weyler amainó velas, ó mejor dicho, el Gobierno le envió instrucciones para que proceda con toda corrección, suavidad y templanza, dándose el singular caso de que el encargado de acabar la guerra á sangre y fuego, de cualquier modo que